

es muy aristocrático un beso en la frente, aunque yo, como su marido, la puedo besar en todas partes.

—Voy al Ministerio de la Guerra, y hoy mismo tendré mi licencia de casamiento. No saldré de allí sin obtenerla, y si no vengo á la hora regular no hay que extrañararlo.

—Y yo veré al padre Anastasio, y estoy seguro que allanará lo de las amonestaciones. Siempre es feo oírse pregonar en la Iglesia,—añadió Josesito.

El capitán y su amigo José estrecharon la mano de Teresa, y, montando en el carruaje, salieron de la quinta con dirección á México, para desempeñar cada cual los urgentes negocios de los cuales dependía el buen éxito de las «Veladas de la Quinta.»

CAPÍTULO XXXVII

Altos personajes

El mundo es curioso, y mucho más curioso el mundo de México, donde las cosas más graves y más serias pasan al estado de chanza á la hora menos pensada, y donde los más eminentes peligros, sin fanfarronada ni quijotismo, se ven con indiferencia, y pronto tendremos motivo de comprobar ésta, que puede pasar por verdad indiscutible.

Mientras un hombre tímido y previsor vende su propiedad, Luis la compra sin autorización de la persona á quien va á pertenecer; mientras unos piensan en tapices y artesanos para su lujo y comodidad, los jueces y magistrados, faltándoles hasta para pagar una miserable casa, prevarican y venden la justicia en contra de los intereses de los mismos que gastan su poco dinero en el ocio, mientras advenedizos extranjeros, en consorcio y sociedad con ricos y aristócratas mexicanos, hacen su

fortuna con las rentas nacionales; los soldados heridos se arrastran por los caminos sin tener ni una venda ni una hila con que restañar su sangre; pero de tales cosas no se hace el menor caso ni se les da importancia ninguna. El rico no abandona en su lustroso carruaje el paseo de Bucareli en las tardes. En los cafés mucha gente hablando mal de todo el mundo, y todo el mundo aguantando con paciencia cualquier género de males. El sol asomando su roja faz por la cumbre de un cerro, y hundiéndola indefectiblemente en la tarde por la cúspide de una montaña. Monotonía en el mal como en el bien; orden en medio del desorden. Este es el mundo en general, y este también, porque no puede ser de otra manera, el mundo de México. Un producto igual, resultante de una misma masa humana hecha de barro deleznable y algunas veces de lodo nauseabundo.

Mientras componen y amueblan los hábiles artesanos de la capital la famosa quinta de San Jacinto, donde se ha de derramar más de una lágrima, nosotros vamos a tratar con altos personajes, no precisamente por su estatura elevada y elegante, sino porque se han *dado palabra á sí mismos de ser grandes hombres*, aunque la mayor parte de ellos sean de cuerpo mediano ó bajo, apergamillados ó entecos los unos, regordetes y de grueso vientre los otros, pero eso sí, con fisonomías equívocas y como torcidas, la vista siempre al suelo ó al cielo; no afrontando nunca las conversaciones con una mirada resuelta y franca; la voz entre cascada y meliflua; huyendo siempre las cuestiones; tratando de instigar al mal sin responsabilidad; obrando, aun para tomar el aromático chocolate y las puchas, como obedeciendo á su conciencia; haciendo un sacrificio que ofrecen á Dios, con salir de su

casa, con subir la escalera, con almorzar, con acostarse en un mullido lecho.

Todo se los premiará Dios en la otra vida.

Hay también altos personajes de otro género: aquellos que dicen *mi pueblo*, voy á levantar á *mi pueblo*, voy á hacer la felicidad de *mi pueblo*; y si comen, si duermen, si disfrutan de grandes sueldos, si ocupan los mejores empleos, es por sacrificarse á *su pueblo*.

Todo se los premiará el pueblo en esta vida.

Otros que dicen, como un célebre diplomático de la península de Yucatan, *las masas*. Es necesario organizar *las masas*. Si el clero se resiste á que les quitemos sus bienes, les echaremos las masas encima. No hay más que salir á la plaza de la Constitución y gritar que ¡viva la libertad, muchachos! y la plaza mayor se irá llenando de *masas*, y así que esté de tal manera tupida, que se pueda andar sin caerse sobre la cabeza de las masas, volvemos á gritar ¡viva la libertad! y arrojaremos las masas todas juntas contra los clérigos. Cuando este alto personaje pronunciaba uno de sus elocuentes discursos, siempre concluía: «las masas lo quieren; es necesario dar gusto á los diputados,» y las masas inteligentes de la galería le chiflaban al principio y le aplaudían al fin.

Todo se lo premiarán las masas en la Cámara.

Otros que dicen la religión y los fueros: «la religión es una necesidad de los mexicanos, muy especialmente, y después una necesidad social para todo el mundo. ¿Cómo vamos á componernos con este pueblo sin ilustración, así bárbaro, el día que le quitemos la religión? El único temor del asesino es el infierno: desde el momento que el infierno quede suprimido, seremos asesinados sin remedio, porque de los jueces no hay que esperar, nunca

encuentran pruebas.» No hay más que pararse en medio de la Plaza mayor y gritar: ¡Viva la Religión! y antes de dos horas se levantarán los barrios, vendrá el pueblo á defender á sus curas, á su arzobispo, y en un par de días terminará trágicamente este sainete demagógico que se está representando en el palacio de los vireyes.

La religión premiará á estos fieles aliados, dándoles capellanías y mayordomías.

En cuanto á los fueros, ¿qué cosa hay más natural que esto? ¿Dónde hemos nacido iguales? Yo no soy igual á mi cochero, ni al borracho ocioso que pasa las doce horas del día en la vinatería. Un clérigo y un coronel jamás pueden ser iguales á un paisano. El clérigo es sagrado, es el ungido de Dios, no se le puede tocar. El militar es superior á todos, defiende á su patria y sobre todo tiene las armas en la mano, no hay que tocarlo.

En efecto, hay también otros altos personajes que todo lo refieren á su regimiento ó á su brigada, y que dicen; «no sé si le parecerá bien á mi regimiento; si tocan á mi *brigada* no lo ha de aguantar; si me toman cuentas me pronuncio con mi *regimiento*,» y los regimientos y las brigadas eran cosas tan temibles, que aun los más resueltos y despreocupados decían: «Sería bueno que cambiase el ministerio, pero ¿quién sabe cómo lo recibirá la brigada de Toluca, y el regimiento de Chalco, y la división de Monterey?» y en este conflicto, otros altos personajes que tenían sus ribetes de filósofos y de hombres de Estado, pensaron que no había otro remedio para sacudir el dominio de los jenizaros, que habían durante muchos años tiranizado al país, que formar la guardia ciudadana, la guardia nacional, y armar á la guardia ciudadana con buenos fusiles y agudas bayonet-

tas, para que en caso de que los altos personajes de los fueros se sublevasen contra las *masas*, se encontrasen con la horma de su zapato.

Y en efecto, la guardia nacional, aprovechándose de la excitación que causaba la proximidad de una guerra extranjera, se organizó como por encanto.

Los altos personajes que decían mi pueblo y las *masas*, se procuraron, de grado ó por fuerza, aguadores, cargadores de la esquina, borrachos de pulquería, sirvientes domésticos que no cabían en ninguna casa, vagos de los barrios y algunos indígenas de los pueblos, y con todas estas *masas* formaron su guardia nacional. Los vistieron con uniformes de colores, largos ó anchos, cortos ó estrechos; los armaron con fusiles un poco malos y sucios, y comenzaron á tocar retretas y dianas, y á gritar: ¡quién vive! en las altas horas de la noche, apenas pasaba un perro descarriado ó un gato en busca de su novia.

Para formar un contraste con esta guardia nacional desarrapada, que vociferaba en las esquinas insolencias y dicharajos, que bebía pulque todo el día y que parecía de muñecos desbaratados por los niños, se levantó una guardia nacional, compuesta en una parte de los altos personajes de la religión, de los fueros y de la aristocracia, pero había otra también de honrados artesanos, de empleados, de dependientes de comercio y de gente que *tiene que perder*, como se dice en México, y el conjunto, unido hasta cierto punto en ideas como estaba en esos momentos, no dejaba de ser imponente y de ejercer una influencia en la ciudad. Los soldados eligieron sus jefes y oficiales, se armaron con buenos fusiles y bayonetas, y vestidos decentemente con su traje

propio, dedicándose á los ejercicios militares y haciendo un servicio formal, significaban la seguridad de la capital, y su defensa en caso necesario; pero los altos hombres de la religión y de los fueros trataban de apoderarse de esa fuerza y de usar de ella. Desde luego, las dos fracciones de guardia nacional se odiaban mortalmente. Se había buscado la unión, la fuerza y la paz, y había resultado de la formación de esa guardia nacional, la discordia, la debilidad y la guerra civil: polkos y puros.

En la capital de la desgraciada República, dos monstruos terribles asomaban sus deformes cabezas:

El monstruo de la anarquía.

El monstruo de la guerra extranjera.

CAPÍTULO XXXVIII

La ley de manos muertas

EN esta vez no era (como en la otra que hemos referido en uno de nuestros capítulos anteriores) un capitán aturdido y calavera á quien se encomendaba que asaltara el Palacio, un viejo que quería alejar á su rival, y un agiotista que buscaba el éxito de un negocio en el cambio del ministerio; no, no era nada de eso, sino otra cosa mayor, porque el miedo, la rabia, la venganza, el egoísmo, la avaricia, el fanatismo, la envidia, todos los monstruos terribles de las pasiones se cernían sobre la desgraciada sociedad de México, y las dos cabezas gigantescas y deformes, más fatídicas que la terrible cabeza de Medusa, estaban acompañadas como de un cortejo necesario de otras tantas cabezas, moviéndose, gesticulando, enseñando sus aguzados dientes, agitando entre sus grandes bocas sus lenguas regordidas y pastosas y tratando de devorar en instantes la agricul-

tura de los campos, el comercio de los puertos, la tranquilidad de las villas, los festines de las ciudades y la paz de las familias.

Pero estas figuras fantásticas y apocalípticas que solían pasar por el transparente cielo, medio veladas con las nubes del verano, no las veían ninguno de los altos personajes de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, demasiado conocidos por desgracia, de los viejos habitantes de la antes fiel y leal ciudad de México.

Una parte de los altos personajes elaboraba su trabajo en el palacio, donde se oía el crugir de los sables, que acababan de romper el enladrillado de los corredores; en el ruido estridente de las culatas de los fusiles de la guardia nacional; en el hablar y discutir de la mañana a la noche; en la multitud de viudas y de desgraciados y desamparados militares, esperando un escaso prorrato, que era el último; en las esperanzas locas de esos mismos altos personajes que pensaban reunir dentro de pocos días en las cajas de la Tesorería, millones de oro y de plata y salir triunfantes, por esas calles de Dios á proclamar la libertad y anunciando á las *masas* que los derechos del hombre se habían al fin conquistado y reconquistado definitivamente.

Los altos personajes del otro bando político hacían sus trabajos en medio de la beatitud, del silencio y de la oración.

En efecto, nada anunciaba que podría tramarse una conjuración, ni que hubiese en muchas leguas á la redonda ninguna entidad hostil al gobierno, ni á ningún partido, ni á ninguna persona.

Era un convento de religiosas. Los oficios sagrados habían terminado; el perfume de la mirra y del incienso

embalsamaba la atmósfera del templo; el sacristán atizaba su lámpara y arreglaba los altares; el saltapared daba al viento sus notas monótonas y como quejosas, y trepaba por las columnas; las monjas, arrodillándose para hacer desde su enrejado coro su última reverencia al altar, abandonaban el coro y se dirigían á los corredores y patios del solitario y silencioso claustro. Uno que uno de los fieles que habían alargado mucho sus oraciones, salía de la iglesia haciéndose una cruz de agua bendita en la frente, otros entraban de la calle, hacían en la puerta la misma ceremonia, se arrodillaban ante el altar de *nuestro amo*, se daban dos ó tres golpes de pecho y se dirigían en seguida á la sacristía. Todo era silencio, paz y quietud.

Las iglesias y conventos de México afectan infinitos caprichos arquitectónicos que no reconocen orden ni regla, pero perfectamente adecuados á las necesidades y gustos religiosos á que estaban destinados, y las obras más hermosas, después de construído el templo, eran hechas por la largueza de algún bienhechor; así transcurriendo los años se agrandaban é invadían casas vecinas hasta formar una masa compacta, una especie de castillo que, para casos ofrecidos era á propósito para los coroneles de esos temibles regimientos que quitaban muchas noches de sueño al ministro de la guerra.

De la sacristía de este convento se entraba por una puerta estrecha á un largo y oscuro callejón, y de este callejón se pasaba á otro á la izquierda que terminaba en una puerta aun más estrecha que la primera; pero, una vez abierta, era otra cosa; la luz que venía de grandes ventanas, de estilo romano, deslumbraba los ojos que apenas alcanzaban de pronto á distinguir una atre-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO

vida bóveda casi plana. Era una especie de segunda sacristía ó defensorio que se comunicaba con los claustros á donde las religiosas solían salir, para asearlo y barrerlo, ó cuando había elección de prelado ó alguna Junta para asunto grave de la comunidad.

En el centro de ese majestuoso salón, semejante al que las historias románticas describen tratándose de los castillos feudales de la Edad Media, había una larga mesa con la tapa ó plancha de transparente *tecalli* (1), tan grande, neta y bien pulida, que parecía imposible que, sin los medios de que hoy se sirve la mecánica hubiese podido ser transportada desde la cantera á México. Al derredor de esa mesa, sillones de caoba y ébano labrados en el respaldo, y figurando capillas, ermitas ó cuadros enteros de la vida de Jesucristo, sillones de un mérito y valor que no podían ni comprender las venerables madres, dueñas y poseedoras de esas rarísimas antigüedades. Las paredes, hasta cerca de la altura donde arrancaban las medias muestras que sostenían la bóveda, estaban cubiertas de cuadros pintados por Cabrera y por el padre Herrera, los excelentes especialistas de la magnífica escuela mexicana, que han pintado monjas de un mérito sólo comparable á los frailes y anacoretas de Zurbarán. Cualquiera que penetrase en ese recinto, animado de un espíritu artístico y religioso, y algo familiarizado con las cosas de otro tiempo, y ayudando á su meditación la luz indecisa y misteriosa de la última hora de la tarde, veía materialmente animarse las dulces imágenes de las religiosas, descender de sus cuadros, sentarse en aquellos sillones que ocuparon

(1) Onix mexicano, cuyas canteras están en las cercanías de Puebla.

tantas veces cuando estaban en esta vida, y deliberar bajo el mandato de la abadesa sobre los asuntos graves, del régimen y disciplina del convento. Pero en la hora en que colocamos esta narración, las monjas retratadas por el fraile Herrera, se quedaron quietas en sus cuadros, y si algo hicieron, fué levantar sus castos ojos para echar una mirada de indignación á los que iban á profanar aquella vieja y silenciosa sacristía.

Una hora bastó para que hubiese ya una reunión capaz de ocuparse de los asuntos que tenían entre manos. Entró uno, después otro y otro. D. Pedro estaba entre ellos. Cada persona al entrar tomaba agua bendita en la fuente de tecalli, colocada cerca de la puertecilla, y se hacía una cruz tan grande que el agua corría por las narices y carrillos. Todos vestían de frac y chaleco blanco ó claro, muy rasurados, calvos ó con los pocos cabellos que cada uno tenía arreglados, extendidos, distribuídos y alisados con pomada, para cubrir lo más posible el lustroso cráneo. Ninguno tenía bigote, y en la reunión había tres clérigos, uno ó dos canónigos, los demás representaban conventos, obras pías, cofradías y archicofradías, el conjunto con un olor de vejez mezclado desagradablemente con el de incienso y de cera. Después de sentados y quietos en sus sillones parecían pintados por Cabrera y el fraile Herrera, mientras las monjas retratadas que tapizaban todas esas altas paredes parecían vivas y deseosas de tomar parte en la deliberación.

—¿A qué hemos venido?—se atrevió á preguntar alguno de los que ocupaban los sillones.

—No lo sé,—le contestó el que estaba junto.—Yo vine en busca del padre capellán, y me encontré con esta respetable reunión.

—Pues lo mismo me sucedió á mí. Tenía que encargar para mañana dos misas y creí encontrar aquí al sacristán.

—Y luego dicen que no hay cosas raras en la vida,—dijo el de en frente,—yo venía á encargar cuatro misas. Hasta el dinero traía en la bolsa para dejarlo al padre Melgarejo, que suele venir por aquí á estas horas.

—Pues yo lo que tenía era calor, la iglesia estaba llena de gente y tuve que aguantar de pié la misa mayor, y entré aquí á descansar y tomar el fresco.

El resultado era que se hallaban reunidos y habían sido citados á junta por un influyente personaje, y todos lo negaban. Era el miedo que tenían á *los puros* que movían y arrojaban las masas contra la Iglesia.

Uno de los mayordomos, más resuelto y atrevido que los demás, echó por el atajo y rompió el hielo.

—¿Para qué hemos de disimular? Hemos sido citados, no hay necesidad de decir por quién, y autorizados por los que pueden hacerlo, para defender á la Iglesia á todo trance. Aquí nadie puede sorprendernos y el secreto se guardará, pues ninguno de los presentes es capaz de revelar, y defendemos unos mismos intereses; nuestras creencias están atacadas, la canalla más vil se ha apoderado del gobierno y nuestros intereses y hasta nuestra vida están amenazados. Es necesario hablar la verdad y obrar con toda franqueza y sin perder el tiempo.

El orador, en su entusiasmo, se había puesto en pié, y sus carrillos tomaron un tinte encarnado; pero, dicha la última palabra, se calmó y se volvió á sentar.

—¿Han visto ustedes la ley que llaman de *manos muertas*?—preguntó D. Pedro.

—No hemos podido conseguir un ejemplar todavía

pero mañana aparecerá íntegra en los periódicos,—dijeron varios á un mismo tiempo.

—Aquí traigo precisamente un ejemplar, y me lo mandó un amigo que tengo en el Palacio mismo,—dijo uno de los clérigos, y sacó un impreso; la mitad de la concurrencia se puso en pié y rodearon al que tenía en sus manos la terrible ley de *manos muertas*.—Es necesario que se lea íntegra, y el señor canónigo, que lo hace admirablemente, tendrá la bondad de...

—Con mucho gusto,—contestó el canónigo tomando el impreso.

Los concurrentes se sentaron, guardaron silencio, y el canónigo, con voz clara y sonora y como si estuviese predicando un sermón de cuaresma, leyó, y cuando dió fin, las caras de los personajes que formaban la junta estaban tan demudadas y pálidas que parecía que Cabreña y el fraile Herrera habían tomado á su cargo el borrarlas.

—Ya ven ustedes,—dijo el intrépido mayordomo que tomó al principio la palabra,—nos han tirado el guante y no hay otro remedio que recogerlo.

—El clero,—dijo el canónigo,—debe defenderse con las armas que le ha dado la Iglesia misma. Cerrar los templos; suspender la administración de los Santos sacramentos, amenazar con excomunión mayor á los quiniños que le paguen al gobierno y amenazarles con segunda paga cuando vuelvan las cosas al orden. Con estos medios la nación se levantará en *masa* (también el buen canónigo creía en las masas) y el gobierno tendrá que sucumbir por su propia virtud ó pedirnos perdón y caer de rodillas ante el poder espiritual. Nosotros nos lavaremos las manos, y pues que él busca su

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. L.
CAPILLA ALFONSO...

CAPILLA ALFONSO...

X caída, no somos nosotros los llamados á sostenerlo. Ya el pueblo ha comenzado.

La lógica y la elocuencia del canónigo fueron debidamente aplaudidas, y quedó acordado que se cerraran los templos, que por medio del púlpito se hiciesen saludables advertencias á los inquilinos, que el cabildo se disolviese y el deán de la Catedral se marchase de la ciudad.

D. Pedro triunfaba. Era su mismo plan.

—La oportunidad no puede ser mejor, y debemos explotar el odio del partido liberal moderado contra el partido puro. Se detestan, y el moderado se unirá con nosotros con tal de derribar al gobierno,—dijo uno de los mayordomos;—ya ven ustedes que tenemos por acolorado defensor un alto personaje de Guadalajara, que en el cuerpo es verdaderamente grande lo mismo que en el alma. Es el atleta de la religión, el hijo predilecto de Cristo.

—No hay que fiarse mucho de ese atleta y de otros que hoy se le parecen. Todos están dirigidos por un he-rejón de marca mayor. Necesitan de nosotros para tirar á los *puros*, como se les llama á los furiosos demagogos,—interrumpió D. Pedro;—pero una vez afirmados en el poder serán nuestros más temibles enemigos y el golpe que den al clero ha de ser seguro, porque en ese partido hay hombres de talento, de reflexión y, sobre todo, de muchas mañas; por ahora no hay más sino servirse de ellos como ellos se sirven de nosotros, favor por favor, y después ya veremos. Lo esencial también en estos casos es el dinero. ¿Tienen ustedes dinero?

—Dinero,—respondió el mayordomo regordete y vi-varacho, y que, aunque ya de edad, parecía tener el

erío y la actividad de un joven de 20 años,—no nos falta; la dificultad es que consienta el señor arzobispo.

—No hay que decirle nada, porque de seguro, si sabe que es para una revolución en que pueda correr sangre, no consentirá,—dijo otro de los mayordomos.

Los demás guardaban un profundo silencio, levantando de vez cuando sus ojos al cielo como esperando recibir la inspiración del Altísimo, y luego los bajaban con humildad al suelo, como si habiendo recibido ya las órdenes del cielo, manifestasen que las obedecían y se conformaban con ellas.

—Pues sin dinero nada se puede hacer, y es inútil que ustedes hayan venido. En cuanto á mí, ni sabía la reunión,—les dijo D. Pedro dirigiéndose con cierto tono de autoridad á la junta;—entré por casualidad á la iglesia, y una vez aquí, he querido cooperar... es decir, ilustrar la cuestión... no, tampoco... en fin, este negocio es de ustedes, que tienen un deber de conciencia de salvar á las religiosas; pero les repito: sin dinero, y mucho, no es posible ni siquiera intentar la salvación... vaya, estamos de más aquí. Por mi parte también me lavo las manos, como Pilatos, ó, mejor dicho, las tengo limpias y no hay necesidad del agua. Quería cumplir el encargo de una persona que para mí es muy respetable. Esto es todo. Pues que nada se puede hacer, me retiro. Que ustedes lo pasen muy bien.

D. Pedro se levantó, tomó su sombrero y lentamente se dirigió á la puertecilla.

—Cuidado, señores,—añadió al abrirla,—porque sopla mucho frío, y además, pueden ser sorprendidos no obstante lo apartado y escondido de este sitio, y los *puros* no juegan. Podrían pasarlo muy mal.

Como si hubiese tocado D. Pedro el resorte de una maquinaria, se pusieron en pié los santos personajes como buscando la manera de salir ó esconderse.

—Habr  dinero, Sr. D. Pedro. Yo me encargo de ello. Tomar  sobre mis hombros esta grave responsabilidad. Venga usted, siéntese y discurriremos con calma. No creo posible que nadie sospeche que estamos aquí reunidos. La calle, la iglesia y las cercanías de est  barrio apartado presentan un aspecto de tranquilidad tal, que ni aun las mismas monjas dirían que nos estamos ocupando de sus intereses, sin embargo, importa no perder el tiempo en proyectos y discusiones inútiles. Habr  dinero.

El que decía esto era el mayordomo activo y regordete que ya conocemos. D. Pedro, alisando su sombrero con un pañuelo blanco, dió la vuelta, y mirando á las fisonomías, un tanto demudadas, de los asistentes, sonrió maliciosamente, y tom  de nuevo su lugar en el antiguo sillón.

—Esto es algo,—dijo;—ahora veamos qué plan tienen ustedes.

—En general, el plan,—contestó el mayordomo,—es echar abajo al gobierno y que se derogue la ley de maanos muertas.

—Pero ese no es un plan. Eso será, cuando mucho, uno de los objetos del plan.

—Dice usted muy bien,—respondieron varios   la vez.

—Entonces procederemos   formarlo y discutirlo,—dijo otro.

—No creo que tengamos tiempo de muchas discusiones,—contestó D. Pedro;—pero, en cuanto al plan, un licenciado muy amigo mío, y más amigo todavía de la

iglesia, me dió anoche un borrador, que no he visto y que me recomendó mucho.

D. Pedro sacó de su bolsillo porción de papeles, de los cuales escogió y separ  algunos, que colocó sobre la mesa, y guard  el resto.

—Este es,—dijo,—precisamente; este es, ya creía haberlo olvidado; no me figuraba que nos pudiese servir tan pronto.

—Lea usted, Sr. D. Pedro, l alo usted,—dijeron en coro tres ó cuatro de los concurrentes.

—Será bueno antes,—dijo D. Pedro,—dar un vistazo por la iglesia y por la calle, no sea que...

—Precisamente en eso pensaba,—interrumpió otro de los concurrentes, que, menos intrépido que el regordete, no había cesado de moverse en su asiento, de mirar   la puertecilla y de cambiar de color cada vez que la conversación tomaba un giro decisivo y un tanto bélico.

—Pues no hay sino dar una vuelta por la iglesia y por la calle y observar lo que pase,—le respondió D. Pedro.

—Con mucho gusto.

Y de puntillas, como si alguien estuviese durmiendo y no lo quisiese despertar, se deslizó por la puertecilla, quedando los demás en silencio como esperando una gran noticia. Antes de diez minutos volvió diciendo:

—Mucha tranquilidad; la calle sola; en la iglesia tres ó cuatro ancianas y el sacristán durmiendo en un confesonario. Ningún peligro, podemos echar pestes y maldicir á estos puros, que cuando se mueran se han de ir al más profundo de los infiernos, y en vida estoy seguro que el señor de Santa Teresa los ha de castigar.

—Vale más obrar que hablar, compañero,—le interrumpió el mayordomo regordete.—Escuchemos el plan.

—Mí vista está cansada y la letra es menuda. Si usted me hiciese el favor de leer,—dijo D. Pedro.

—¿Y cómo no?—contestó el mayordomo regordete, y tomando de manos de D. Pedro el cuaderno de papel escrito, leyó.

Era el plan una obra maestra de elocuencia y de combinaciones políticas. De seguro no lo elaboraron jesuitas, porque lo habrían formado más positivo y más sólido, pero menos entusiasta y cristiano. Después de cuatro hojas de *considerandos*, que fueron aplaudidos por unanimidad é interrumpidos con aclamaciones de admiración, seguían multitud de artículos. Por el primero se derogaba la ley de *manos muertas*. Por el segundo se desconocían los poderes supremos, sujetando los funcionarios liberales puros á un severo juicio; por el tercero se convocaba una junta de notables que tendría la facultad de nombrar el presidente provisional de la República, y así seguían los demás, y poco faltaba para que se previese el inmediato restablecimiento de la Inquisición y la próxima venida de un monarca extranjero.

—¿Y qué dirá de esto el general Santa Anna?—preguntó el canónigo;—me aseguran que, creyendo que le van á mandar mucho dinero para las tropas, ha aprobado plenamente la ley, y hay cartas suyas que lo prueban y que me han prometido enseñar.

—El general Santa Anna está lejos,—respondió D. Pedro,—y lo mismo que el provisor y el arzobispo tendrán que pasar por hechos consumados, y en último caso, para eso es el dinero. Si no le agrada el plan se le promete que el clero lo sostendrá, que será nombrado dictador por la junta de notables, y en ese caso se hace el sacrificio de prestarle medio millón de pesos con tal de

que nombre un ministerio que sea conservador, aunque entre uno que otro moderado.

—Bien pensado, perfectamente,—dijeron tres ó cuatro de los conspiradores.

El canónigo, suspirando, añadió:

—Quizá será el único medio, y al fin nos ha de costar el dinero.

—Eso no tiene duda, señor canónigo,—contestó D. Pedro,—y á propósito, diré á la muy respetable junta, que aquí á mañana necesitaré quizá seis ú ocho mil pesos para hacer un préstamo al gobierno, mejor dicho, un regalo al gobierno.

—¿Al gobierno?—interrumpieron en coro,—¿al gobierno, á nuestro mayor enemigo darle dinero para que se sostenga? Si alguna cosa ha de contribuir á su caída es la miseria, ya no puede pagar ni á esa canalla que ha echado y que le llama guardia nacional.

—Tienen ustedes confianza en mí ó no?—preguntó D. Pedro con un poco de enojo.

—Y mucha, ilimitada;—contestaron en coro.

—Pues entonces?...

—Comprendo perfectamente lo que quiere hacer el señor D. Pedro, y es decidir al gobierno á que choque con los polkos (1), y para esto es necesario inspirarle confianza y el mejor modo es prestarle dinero. Le durará el día la rispera; y el objeto se habrá logrado. Queda, pues, autorizado el Sr. D. Pedro para gastar esa suma y mucho más si es necesario.

—Me ha comprendido usted, mejor dicho, ha adivi-

(1) Así se llamaba la guardia nacional compuesta de la gente decente, aludase á un baile que estaba entonces de moda, y que la guardia nacional de esa época que bailaban esos soldados improvisados.

nado mi pensamiento, pero sobre esto mucho silencio,—contestó D. Pedro poniéndose un dedo en la boca,—y pasemos á otra cosa. ¿Aprueban ustedes el plan?

—Aprobado,—contestaron por unanimidad los santos conspiradores.

—Entonces lo imprimirá de noche y con mucho secreto, nuestro amigo Larios.

—¿Los cajistas podrán denunciarnos?—interrogó uno de los clérigos.

—Usted sabe bien, señor doctor,—le contestó D. Pedro,—que Larios, al mismo tiempo que es dueño de la mejor imprenta que hay en México, es jesuita de corazón. El mismo formará la planta, y lo imprimirá, y el trabajo se hará esta noche. Pasemos á otra cosa. Es necesario mandar acuñar unas medallitas de plata con la imagen del niño cautivo, del Señor de Santa Teresa, de la Virgen de los Remedios ó de cualquier santo por el anverso, y por el reverso una leyenda que diga: *Viva la Religión. Religión y fueros. A los defensores de la Religión*, ú otra cosa semejante. Estas medallas se ensartan en un listón encarnado, y á la hora del pronunciamiento se distribuyen con el plan á los soldados y oficiales de nuestros regimientos de guardia nacional, y digo nuestros, porque podemos contar con ellos.

—Sin duda,—contestó uno de los mayordomos,—figúrese usted, señor D. Pedro, que uno de los batallones está compuesto de albañiles, canteros y carpinteros que trabajan en las fincas de los conventos, y no harán sino lo que les mande mi compañero, que es el teniente coronel.

—Usted, amigo mío, se encargará de esto, ocupando á los plateros de más confianza que trabajan para la igle-

—¿Usted me comprende? Las monjitas se encargarán de preparar las medallas y algunos escapularios para los jesuitas, y cada mayordomo debe dar á su convento las instrucciones respectivas. Nos volveremos á reunir mañana aquí, á la misma hora que hoy, para que cada uno dé cuenta de lo que haya adelantado y veamos con claridad los elementos con que contamos. Yo me voy á hablar cuatro palabras con el señor provisor y en seguida al Palacio.

—¡¡¡Al Palacio!!!—exclamaron asombrados los conspiradores.—¡Qué valor! Este Sr. D. Pedro es el héroe de la religión.

—Su humilde servidor y nada más, y no hay que tener cuidado por mí. El presidente, los ministros y hasta ese gobernador, que es más bien un niño que un hombre, es amigo mío. Lo conocí desde que estaba en la escuela, y aunque de diferentes opiniones, me considera, mejor dicho, me respeta; y primero se dejaría matar que permitir que se me hiciese el menor daño. Es conveniente tener amigos en todas partes y en todos los partidos, y servirse de las gentes cuando el caso llega. Somos en la vida las piezas de un ajedrez, y cuando son movidas por un buen jugador... ya ustedes me comprenden; *jaque mate*, y de eso se trata hoy. Mucha reserva, mucha cautela, mucho dinero y mucho valor, también eso es lo que necesitamos hoy, porque quién sabe si tendremos que andar á los balazos.

—Evite usted, señor D. Pedro, ese lance, por Dios,—le dijeron los clérigos.—Nosotros somos ministros de paz.

—Y nosotros servidores de la Iglesia, que no debe nunca meterse en guerras intestinas,—dijo un mayordomo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA D. N. N. L.

CAPILLA ALVARO

—Pero nos provocan; — interrumpió el mayordomo regordete,—y no se cansen ustedes, es menester hoy sacar el dinero y también la espada.

D. Pedro paseó su vista por las descompuestas fisonomías de los santos varones, sonrió maliciosamente, alisó de nuevo su sombrero con el pañuelo blanco, y desapareció tras de la misteriosa puertecilla, y uno á uno, de puntillas, tomando agua bendita y arrodillándose al pasar por la iglesia, delante del altar del Santo Sacramento, fueron saliendo á la calle y dispersándose los terribles conspiradores. El imponente salón quedó solo y silencioso, y las bellas monjitas, pintadas por el admirable pincel de Cabrera y del Padre Herrera, sonrieron dirigiendo una mirada de gratitud á los valientes clérigos y mayordomos que las iban á defender quizá hasta en los sangrientos campos de batalla.

CAPÍTULO XXXIX

Un buen amigo

CON Pedro se encaminó á la catedral, tuvo tiempo de oír de rodillas y con mucha devoción su misa en el altar del Perdón, de allí pasó al Arzobispado á conferenciar con el provisor, y poco después de medio día se presentó en el Palacio en las habitaciones de un alto personaje y fué recibido en el acto.

El alto personaje era un hombre efectivamente de alto cuerpo, muy erguido, á pesar de la edad, flaco, pero con duros nervios, pómulos salientes ojillos claros, vivos y benévulos, no obstante que quisieran aparecer siempre enojados. Este personaje, y de veras poderoso en esos momentos, era de carácter irascible y nervioso, tenaz como ninguno, con cierta decisión y autoridad para mandar, sin ningún miedo á la muerte, confiando ciegamente en su pueblo, como le llamaba, y con convicciones políticas ultra-liberales, que nadie era capaz, no sólo de cambiar, pero ni aun de modificar ni en lo más insig-